
MÓDULO DE VIDEOCONFERENCIA: LOS DIEZ MANDAMIENTOS

LECCIÓN 17: EL DÉCIMO MANDAMIENTO

Ponente: Rev. A.T. Vergunst



Confiando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

Instituto John Knox de Educación Superior

Confiando nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo

© 2019 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. No se reproducirá ninguna parte de esta publicación de ninguna forma ni por ningún medio con fines de lucro, a excepción de citas breves con fines de revisión, comentario o beca, sin el permiso por escrito del editor, Instituto John Knox, John Knox Institute, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, USA

A menos que se indique lo contrario, todas las citas son de la versión Reina Valera Revisión de 1960

Visita nuestra página web: www.johnknoxinstitute.org

Rev. A.T. Vergunst is minister of the Gospel and plans to serve the Reformed Congregation of Carterton, New Zealand,
June 2020. Currently he serves the Netherlands Reformed Congregation of Waupun, WI, USA.
www.nrcwaupun.org
www.rcnz.org

Módulo

LOS DIEZ MANDAMIENTOS

18 LECCIONES

REV. A.T. VERGUNST

1. Introducción
2. El Dios de la ley
3. El paraíso y la ley
4. Jesús y la ley
5. La ley y los pecadores
6. La ley y los santos
7. La ley en el monte Sinaí
8. El primer mandamiento
9. El segundo mandamiento
10. El tercer mandamiento
11. El cuarto mandamiento
12. El quinto mandamiento
13. El sexto mandamiento
14. El séptimo mandamiento
15. El octavo mandamiento
16. El noveno mandamiento
- 17. El décimo mandamiento**
18. La ley en la eternidad

Lección 17

EL DÉCIMO MANDAMIENTO

El joven Saulo era religioso, era celoso por Dios, era alguien que creía guardar la ley de Dios perfectamente. Él decía ser intachable en su obediencia, hasta que Dios lo inscribió en la escuela divina de la ley. Entonces, Dios hizo que enfrentara el décimo mandamiento. Por primera vez, Saulo entendió que el décimo no era solo el décimo. Este mandamiento era pertinente a los otros nueve. Al entender esto, Saulo admitió que murió; murió a su auto estima y a su falsa esperanza. Sin embargo, ese descubrimiento fue el comienzo de una nueva vida.

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 17

Lección:

Bienvenido al estudio del décimo mandamiento. He titulado esta lección *El mandamiento de ser perfecto en la obediencia a cada mandamiento*. Las palabras del décimo mandamiento, tal como el Señor las dio en Éxodo 20, son las siguientes: “No codiciarás la casa de tu prójimo, no codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su criada, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna de tu prójimo”.

Ahora bien, cualquiera de ustedes que haya escalado una montaña alguna vez sabe lo que se siente cuando uno finalmente llega a la cima. Hay un sentido de alivio cuando usted finalmente alcanza la cima y ve la belleza para la cual ha escalado. Pero debo desilusionarlo diciéndole que ese no será el sentimiento al llegar al décimo mandamiento. Aunque este es el último mandamiento, no es de ninguna manera el menor de ellos. ¿Recuerda usted que, en nuestra primera lección, cuando dimos un vistazo general a este curso, dije que nuestro viaje sería como subir al monte Sinaí? Vimos varios aspectos y luego, cuando comenzamos a ver la ley de Dios, usé la analogía de un edificio, un edificio de diez pisos. Pero, como usted descubrirá hoy, el décimo piso realmente no es un piso separado. Es mejor pensar en el décimo mandamiento como la estructura interna y el cableado de todo el edificio. De esta manera, el décimo mandamiento no es la cima de la ley, sino más bien, el corazón espiritual de cada mandamiento que Dios ha dado en los nueve anteriores. Por lo tanto, amigos míos, prepárense. Analizar el décimo mandamiento será lo más revelador, así como lo más

devastador para la errónea imagen que tenemos de nosotros mismos en lo que respecta a nuestra obediencia a los mandamientos de Dios.

Nadie describió ese descubrimiento mejor que aquel hombre llamado Saulo de Tarso, quien más adelante sería el apóstol Pablo. Durante cierto tiempo, Saulo de Tarso fue la estrella de su clase y también él pensaba de sí mismo que era la estrella de la clase. Él escribió que pensaba que él era el siervo más intachable entre todos los fariseos, hasta que Dios le dejó claro el décimo mandamiento, “No codiciarás”, y Saulo vio que incluso su vida, brillando con la religión, era una vida pecaminosa y completamente corrompida. Y él dijo que murió a su antigua imagen de sí mismo. Usted puede leer sobre ello en Romanos capítulo 7. Fue el décimo mandamiento que hizo al apóstol, anteriormente Saulo y después Pablo, ver la profundidad de sus pecados.

Por lo tanto, me gustaría comparar el décimo mandamiento y, de cierto modo, todos los mandamientos, a la tecnología médica de la imagen de resonancia magnética. Anteriormente, teníamos radiografías que nos daban una visión frontal o lateral de ciertas partes del cuerpo (mayormente de los huesos). Pero la resonancia magnética nos da, capa por capa, una imagen de cada parte de nuestro cuerpo interior: nuestro cerebro, nuestro corazón, nuestras venas. Y esto no como la vieja radiografía, de un solo ángulo, sino que ahora el médico puede ver cada ángulo de nosotros con la resonancia magnética. Esto es, en algunos sentidos, a lo que quiero comparar el décimo mandamiento. Es como una resonancia magnética acerca de cómo guardamos todos los nueve mandamientos.

¿Recuerda usted que he comenzado cada lección con un principio antes de profundizar en el mandamiento mismo? Con este último mandamiento no haré eso. La razón es que el décimo mandamiento mismo es nuestro décimo principio, y eso queda reflejado en el título, *El mandamiento de ser perfecto en cada mandamiento*. Así que, veamos juntos realmente qué prohíbe y que manda Dios en el décimo mandamiento. ¿Qué prohíbe Dios?

Lo que el mandamiento prohíbe

Dios no nos prohíbe codiciar, sino que Dios nos prohíbe codiciar lo que le ha sido dado nuestro prójimo.

La palabra “codiciar” tiene un significado muy positivo. Se refiere a desear algo grandemente, con mucha fuerza. Es ansiar, querer o anhelar algo. Aunque usualmente pensamos en la palabra “codiciar” en un contexto negativo, también es una palabra positiva usada en las Escrituras como una orden, como un comportamiento aprobado. Permítame darle algunos ejemplos del Nuevo Testamento.

En 1 Corintios 12:31, el Espíritu Santo inspiró a Pablo a que escribiera: “Codiciad, pues, los dones mejores”. Y ¿cuál es el mejor don? La caridad, el amor, el amor según Dios. Debemos codiciar eso. Eso no solo nos es permitido, sino que nos es ordenado.

En 1 Corintios 14:39, el apóstol Pablo ha estado enseñando sobre los dones espirituales que fueron dados a la iglesia del Nuevo Testamento y, en conexión con ello, él escribe: “Así

que, hermanos, codiciad profetizar". El mejor don de entre todos estos dones era que pudiéramos enseñar a las personas partiendo de la Palabra, explicar la Palabra de Dios. A eso se refiere con "profetizar". Pablo dice, "codicien eso". Qué bueno sería si mucho más de este tipo de codicia se hallara en nuestras vidas: codiciar ser piadosos, codiciar ser humildes, codiciar ser usados en el reino de Dios como instrumentos en Sus manos, codiciar aumentar en el conocimiento de Dios en nuestras vidas, esas son codicias positivas.

1 Timoteo 3:1 no usa la palabra "codiciar", pero el apóstol Pablo habla con aprobación de aquel varón que anhela el oficio de obispo, y que anhela ser usado en una posición de liderazgo. Él no desapueba esto, esto es una buena codicia.

Proverbios 18:22 dice que encontrar esposa es algo bueno. Ahora bien, antes de encontrar una esposa, existe un anhelo por encontrar una esposa. Eso es codiciar, un deseo sincero, un anhelo; y no es malo, no es pecaminoso. Así que, por lo tanto, el décimo mandamiento no prohíbe la codicia. Nos prohíbe codiciar pecaminosamente, y la codicia se vuelve pecaminosa cuando deseo poseer lo que pertenece a otra persona o algo a lo que no tengo derecho.

En Habacuc 2:9, el profeta se refiere a alguien diciendo: "¡Ay del que codicia injusta ganancia para su casa...!". Esa palabra "codicia injusta" sucede cuando tengo un deseo excesivo por tener la casa de mi prójimo, o cuando deseo la esposa de mi prójimo o si quiero sus hijos, o sus siervos, o sus negocios o quizá su título, o su posición o estatus. Cualquier cosa que yo desee de mi prójimo de una manera pecaminosa es codiciar. Y "codiciar", entonces, quiere decir que soy consumido por el deseo, debo tener aquello. Quizá incluso los medios que usaría para obtenerlo podrían ser erróneos y pecaminosos; eso es codiciar.

Desde luego, todos debemos estar atentos ya que un deseo legítimo a menudo puede convertirse en un deseo ilegítimo o convertirse en una codicia mala. Los hijos son un regalo de Dios, y es natural que toda pareja codicie (o desee fervientemente) el don de tener hijos en su matrimonio; eso es legítimo. Pero un deseo tal que me ponga celoso de ver a otros teniendo hijos se convierte en una codicia mala; o si esto me lleva a usar medios ilegítimos para generar hijos, o si me lleva a robar un niño. Entonces un deseo legítimo se puede convertir en una codicia mala. Incluso si llego a alegrarme de la pérdida de mi prójimo, eso es una codicia mala. La codicia mala es un asesino silencioso y un camino engañoso. No solo nos vuelve ciegos ante lo que poseemos, sino que también hace que nos desviemos hacia acciones pecaminosas.

Así que, esa es la superficie del décimo mandamiento: "no codiciaras". Pero, amigos míos, hay mucho más en el décimo mandamiento que estas pocas palabras que he dicho. Leámoslo otra vez, el décimo mandamiento no dice: "No serás codicioso". Dice: "No codiciarás". Eso va mucho más allá. Volvamos a recordar y retrocedamos por un momento, ¿qué es la ley? ¿Qué aprendimos sobre la ley de Dios en estas lecciones? La ley es el reflejo de nuestro Hacedor, el reflejo del corazón del ser de Dios. Fuimos hechos a Su imagen. Fuimos hechos para reflejar Su semejanza en cómo vivimos y en cómo amamos, no solo en diferentes atributos sino en ser perfectos, en ser sin pecado. Eso se refleja en cómo vivimos

delante de Dios y en cómo vivimos delante de nuestro prójimo. Fue para esto para lo cual Dios nos hizo.

Y ahora, Dios nos manda en el décimo mandamiento, “se perfecto guardando cada uno de los nueve mandamientos”. Dios demanda semejanza absoluta a Su propio ser en cuanto a cada mandamiento. Desde las mismas raíces de nuestra existencia, desde nuestro ser interior, Él quiere que reflejemos Su perfección siempre, en todo momento, en todas las circunstancias. “No codiciarás”. El Catecismo de Heidelberg, pregunta 113, y su respuesta, nos dan esta exposición muy apropiada sobre el décimo mandamiento. Primero, permítame leer la exposición entera. Dice: “Que incluso la más pequeña inclinación o pensamiento contrarios a cualquiera de los mandamientos de Dios” y esto es cualquiera de los nueve, “jamás deben surgir en nuestros corazones, sino que en todo tiempo debemos aborrecer el pecado con todo nuestro corazón y deleitarnos en todo momento en toda justicia.” Ese es el corazón del décimo mandamiento.

Podríamos asemejarlo a las leyes sobre los leprosos. Una pequeña mancha, un cabello emblanquecido, volvía a alguien completamente inmundo, como leproso. Así es con el décimo mandamiento. En el décimo, Dios declara que cualquier deseo o cualquier pensamiento contra cualquiera de los nueve mandamientos que Él nos ha dado está prohibido. No, no es que esto deba solo no morar en nuestros corazones; no que solo deba no vivir o que no permitamos que viva en nuestros corazones, no. Como lo explica nuestro catecismo, ni siquiera debería surgir en nuestros corazones. “No codiciarás” tal como dije, es diferente a “no serás codicioso”. No, ni siquiera el deseo más pequeño contra cualquiera de los nueve mandamientos debería surgir en nuestro corazón.

La estocada del décimo mandamiento es muy profunda. Va a las capas más profundas de nuestros corazones en nuestra existencia diaria. Solo pensemos, cuando estamos cansados, estresados y agotados, y en esa condición somos provocados, entonces, ¿qué nos dice el décimo mandamiento? Que ni siquiera debe surgir en mi corazón el deseo de gritar, vengarme o darle al otro su merecido. En el momento en el que este surge, he quebrantado el séptimo, o el sexto, o el octavo mandamiento. Eso ya es malo de por sí, pero no debería ni siquiera surgir en mi corazón. “No codiciarás”... nada. Cuando otros prosperan a mi alrededor, pongámoslo así, cuando otros a mi alrededor tienen más de lo que podrían desear mientras yo estoy batallando, cuando otros están gozosos mientras yo sufro revés tras revés, “no codiciarás” significa que ningún pensamiento de envidia por su prosperidad debería surgir siquiera en mi corazón, ni tampoco ningún deseo por arrebatarse de lo suyo debería surgir en mi corazón, y cuando la pérdida finalmente los visite ninguna alegría secreta debería surgir en mi corazón. “No codiciarás”, eso no debe surgir.

Tome como ejemplo a un granjero que está honrando el Día de reposo. El sol brilla, la cosecha está madura, hay paja en el campo y el pronóstico dice que mañana lloverá. “No codiciarás”... ¿qué? No deseemos que se acabe el domingo para que podamos cosechar. Eso sería una transgresión contra el cuarto mandamiento. O, no dejemos que en nuestros corazones surjan celos de nuestros vecinos que se pusieron a cosechar. ¿Puede sentir cuán

profundo llega este décimo mandamiento? En el décimo, Dios manda que guardemos los otros nueve mandamientos a la perfección. Dios nos manda ser santos, no solo hacer cosas santas. Ser santos se dirige al mismo centro de nuestro ser.

En el décimo mandamiento, amigos, Dios establece las bases para los otros nueve mandamientos. Esto está antes de nuestras acciones, antes de nuestras palabras y antes de nuestros pensamientos. Nuestro corazón debe ser únicamente una fuente de cristal que fluya hacia lo que sea que pensemos, hagamos, deseemos o imaginemos. Y así, en el décimo mandamiento, Dios llega a lo que llamamos el pecado original. Esa fuente turbia y sucia de nuestros corazones no debería estar ahí, ni obrar, pero ahí yace nuestra mayor necesidad.

Ahora bien, la realidad del pecado original es gravemente negada e ignorada en nuestra sociedad cada vez más y más. El mundo secular no quiere oír sobre la pecaminosidad de nuestros corazones. Las tendencias y deseos naturales de nuestro corazón deben tener un lugar para ser expresadas. “El hombre necesita libertad”, es lo que oímos. “Necesita la libertad de vivir según los deseos de su corazón, desde luego, siempre y cuando no hagan daño a otros”. Pero, si este ofende a Dios o contradice la voluntad ordenada de Dios en cuanto al matrimonio, o en cuanto a la sexualidad, o a la sociedad, o a la iglesia... eso no importa, siempre y cuando tengamos la libertad de ser nosotros mismos. Eso es contrario al décimo mandamiento. La voluntad de Dios es: no codiciarás nada en contra de la ley pura y perfecta de amor a Dios y a nuestro prójimo, ni en pensamientos, ni en palabras, ni en hechos, ni tampoco en la fuente misma de nuestro corazón.

Ahora, si usted siente que la resonancia magnética espiritual de nuestra alma le da un golpe mortal a la imagen que usted de sí mismo, entonces ha sentido bien. ¿No es eso lo que el apóstol Pablo escribió en Romanos 7, cuando experimentó que Dios vino a él con “no codiciarás”? Él murió a su propia imagen. Así que, eso es lo que Dios prohibió en el décimo mandamiento.

Lo que el mandamiento manda

Pero ahora, ¿qué exige Dios en el décimo mandamiento? Eso es incluso más difícil que lo que prohibió. Amigos míos, la única manera de entender realmente la profundidad del décimo mandamiento, es tomar como punto de partida a Dios, a quien debemos reflejar en nuestras vidas según el propósito por el que fuimos creados. Jesús nos manda en Mateo 5: “Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto”. ¿Qué significa eso? ¿Qué significa “perfecto”? Quiere decir que odiamos todo pecado con todo nuestro corazón. “Odio” es una palabra intensa, no es solo un sentimiento; también es una acción. Ser perfectos significa que odiamos todo pecado con todo nuestro corazón. Todos tenemos nuestros pecados que nos asedian, nuestra pecaminosidad personal, ya sea el orgullo, el poder, deseos sexuales, el amor al dinero, el prestigio, el control o el placer. Ahora bien, ser perfectos quiere decir que no solo luchamos y resistimos estos pecados eliminándolos, sino también debemos odiarlos y ninguno de ellos debe surgir en nuestro

corazón jamás; debemos reflejar a Dios, debemos ser como Él. Y estas cosas no están en el corazón de Dios, ninguno de estos pecados está en Su corazón; no deben surgir en nuestros corazones.

Ser perfectos quiere decir que debemos odiar en todo momento todo pecado con todo nuestro corazón. Todos tenemos momentos en los que sentimos ganas de permitir nuestro orgullo, o nuestros malos deseos y nuestras sugerencias. Especialmente en esos momentos en los que estamos solos, o cuando estamos en privado, Satanás doblará sus esfuerzos como lo hizo con Jesús en el desierto. Pero aquí está la estocada de toda religión verdadera, no solo en decirle “no” a Satanás y a sus mentiras, sino en siempre tener un corazón perfecto contra todo lo que él sugiera en todo momento, en todas las circunstancias. ¿Es ese el fin y el alcance de “sed perfectos”? No, el Catecismo de Heidelberg tiene algo más que decir. Dice que nos “...deleitamos en todo momento con todo el corazón en toda justicia.”.

Ahora, considere la palabra “deleite”. Dios se deleita en la justicia. Debemos deleitarnos, complacernos y disfrutar, no solo las cosas buenas de la vida, sino también la justicia. ¿Qué significa “justicia”? Quiere decir ser recto y hacer lo correcto. Justicia, amigos míos, significa deleitarse en poner la otra mejilla y deleitarse en hacerlo. La justicia es deleitarse en caminar la milla extra y deleitarse en hacerlo. Eso es justicia. Debemos deleitarnos en ser prontos para perdonar a aquellos que nos han ofendido y entonces hacerlo con buena disposición, con gozo y con deleite. Eso es justicia.

¿Puede ver cuán profundo es el alcance de este último mandamiento dado en el monte Sinaí? En el décimo, Dios manda y dirige nuestra atención a nuestro corazón en relación con cada mandamiento. Por eso dije que no es como un décimo piso. Es como la estructura y el cableado interno de los nueve pisos; fluye a través de todos ellos. Dios dice que en cada mandamiento debemos exhibir el reflejo del corazón de nuestro Creador. ¿Quién no se sentiría abrumado por la profundidad de este mandamiento? Pero ¿puedes ver por qué es tan vital y por qué esto yace en el centro del gozo, la felicidad y la belleza de nuestra vida con Dios y con los demás? La intención de Dios en este décimo mandamiento no es solo que nos sintamos abrumados, su intención es convencernos de pecado, penetrar hasta nuestro corazón, hacernos entender la verdad de que necesitamos un Salvador.

Amigos míos, esa verdad se entiende aún más cuando nos recordamos a nosotros mismos que nuestros pecados contra cada uno de los mandamientos son imborrables desde nuestro lado. Los medios humanos son inadecuados para tratar con el pecado. Estos pecados en lo profundo de nuestro ser, tal como he expuesto en este décimo mandamiento, a menudo escapan de nuestra atención. La verdad, todo lo que hemos hecho en estas nueve lecciones viendo la ley, incluyendo esta décima, es ver la punta del iceberg. Solo estamos tocando la superficie de lo que significa amar a Dios con todo nuestro corazón, mente, fuerzas y alma, y amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos al nivel en el que Jesús nos amó. Dios ha quitado un poco de la ignorancia acerca de nuestro estado de culpa. Seamos sinceros, nos encontramos con una condición terrible cuando comenzamos a mirar el espejo de la ley de Dios y vemos nuestro propio reflejo.

Así que, concluyamos esta lección sobre la ley de Dios no solo en este tono. Como se ha dicho a menudo, la ley de Dios es Su herramienta para revelar el pecado, pero no Su herramienta para removerlo. Es un espejo para mostrarnos cuán culpables e inmundos somos, y hemos visto eso incluso en este mandamiento. Dios usa la ley como un martillo para romper nuestro orgullo y humillar nuestro ego, y mientras más oímos la voz de la ley diciéndonos: “haz”, más nos damos cuenta de que la intención de Dios al hacernos entender eso es llamar nuestra atención a la voz del evangelio que proclama: “Hecho está”. Por lo tanto, quiero concluir este décimo mandamiento dirigiendo nuestra atención a lo que dijo Juan el Bautista cuando estuvo en el río Jordán: “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”.

El postrer Adán vino a entregarse por los pecadores, pecadores que son culpables ante su Juez justo; pecadores que han pecado contra un Dios majestuoso y santo; y pecadores que no tienen con qué apaciguar a Aquel que es fuego consumidor contra todo lo impío. Juan dirigió las miradas de todos a Jesucristo, el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. ¿Cómo hizo esto Jesús? Él vino a cumplir la ley. Recuerde Mateo 5: “no he venido para abrogar, sino para cumplir”. Su manera de vivir y de amar a Dios y a Su prójimo no fueron el único cumplimiento de la profundidad de las demandas de la ley, sino también Su manera de sacrificarse por los pecadores como el regalo máximo de amor cuando murió en la cruz.

Por lo tanto, permítanme recordarles el dicho de un viejo predicador “nuestra esperanza como pecadores caídos yace en la obra y en la muerte del Señor Jesucristo”. Él es la puerta, la única puerta, para que cualquier transgresor pueda volver a Dios. Dios no puede y no bajará el estándar de Sus Diez Mandamientos. Él no estará satisfecho con algo inferior a la perfección. Pero ahora, en Jesucristo, Él nos ha provisto de una obediencia a la ley que Lo honra al máximo. No dude de volverse al Señor Jesucristo, ese gran Sumo Sacerdote, pues Él puede salvar perpetuamente a los que por Él se acercan a Dios. Por lo tanto, escuche Su urgente llamado.

Después de ver estos Diez Mandamientos, ¿quién no siente pesar en el corazón al no hacer en cada momento lo que nuestro Dios de gracia nos llama a hacer y lo que nuestro Dios santo exige que hagamos? Por lo tanto, Jesús está delante de nosotros en este día, diciendo: “Venid a mí todos los que estáis trabajados, tratando de guardar la ley, tratando de honrarla, tratando de quitar la culpa... y cargados, y yo os haré descansar”. ¿Cuál es ese descanso? Ese descanso está en Su sacrificio como el pago por el pecado, lo cual yace en el descanso en Su obediencia como la almohada de la paz, y yace también en Su habilidad y poder para hacernos caminar en el camino de la santidad.

Gracias. Que Dios bendiga estas palabras. Tenemos una lección más que considerar juntos acerca de la ley de Dios y la eternidad.

Palabras de cierre

Esperamos que su comprensión y aprecio por la ley de Dios se hayan profundizado con lo que hemos considerado en esta lección. Únase al pastor Arnold Vergunst la próxima vez mientras exploramos aún más la gloria de Dios revelada en su ley. El próximo tema será “La ley en la eternidad”.